

Serás pescador de hombres (Lc 5,10)

EL GOZO DE TRANSMITIR Y COMPARTIR UN CARISMA

Hno. Antonio Botana (La Salle)

Síntesis:

En esta Iglesia que se siente Pueblo de Dios,
el Espíritu nos llama hoy a ser mediadores/as del carisma claretiano
para servir juntos a la Misión eclesial,
construyendo la Familia carismática con estilo sinodal.

LA LLAMADA QUE NOS CONVOCA: *SERÁS PESCADOR DE HOMBRES* (Lc 5,10)

Llegamos a la tercera etapa de este camino congregacional siguiendo el relato de Lc 5,1-11. Hemos contemplado la experiencia del fracaso y la frustración de los pescadores. Escuchamos la invitación de Jesús, contra toda lógica: *“Rema mar adentro y echad vuestras redes”*. Y la respuesta de Pedro, desconcertado, pero con un resto de confianza que solo se apoya en Jesús: *“...por tu palabra. echaré las redes”*. Luego viene el gozo de la pesca abundante, por pura gracia de Dios; y la necesidad de los otros: *“Hicieron señas a sus compañeros...”*. Finalmente, escuchamos la encomienda de Jesús: *“Serás pescador de hombres”*.

Esa es la llamada que hoy nos convoca a todos nosotros. Porque la misión requiere y compromete a todos y cada uno de nosotros, sin excepción. En este caso, con una acentuación que viene dada por el carisma que se nos ha otorgado, heredado de San Antonio M^a Claret y la Venerable M^a Antonia París.

Vamos a contextualizar el envío de Jesús a Pedro en nuestro presente eclesial y social. Siempre será el anuncio del Evangelio y la llegada del Reino de Dios, pero en este contexto de una Iglesia que se renueva, que ha redescubierto su identidad de Pueblo de Dios e intenta recuperar su vitalidad para servir a la misión evangelizadora. En esta Iglesia sinodal, el Espíritu nos ayuda a comprender el sentido de la invitación de Jesús para nosotros, hoy.

1. EN ESTA IGLESIA QUE SE SIENTE PUEBLO DE DIOS...

1.1. El camino sinodal de los comienzos

“El camino que Dios está indicando a la Iglesia es precisamente el de vivir de manera más intensa y concreta la comunión, y caminar juntos”¹.

¹ Del Papa Francisco a los participantes en un congreso organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. Sábado, 18 de febrero de 2023.

El camino que hoy se nos propone no se ha inventado ahora. Es un *camino sinodal*, hecho de relaciones vitales, de pertenencia y dependencia mutua, de complementariedad y solidaridad. Y fue así en los comienzos.

Tenemos un fiel retrato en el capítulo final de la carta de Pablo a los Romanos (16,1-16), una despedida muy personalizada que refleja muy bien cómo comparten la misión en los orígenes de la Iglesia: “*Os recomiendo a nuestra hermana Febe, que está al servicio de la iglesia de Cencreas. Recíbidla en el Señor, como corresponde a creyentes, y ayudadla en lo que necesite de vosotros, pues también ella ha favorecido a muchos, entre ellos a mí mismo. Saludad a Prisca y Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, quienes, por salvar mi vida, se jugaron la suya.*”

Y sigue un relato hecho de saludos, en el que se mencionan una gran diversidad de personas (hasta 28); todas ellas participan en la misión evangelizadora con Pablo, desde diferentes situaciones de vida. Son *colaboradores en Cristo*. Es el breve relato de una Iglesia viva en la que personas de muy diversa condición están unidas en la comunión y en la misión, desde un punto de entronque común: la fidelidad a Cristo. Todos ellos están “arraigados en Cristo”, y es este enraizamiento común el que les hace corresponsables de la misión y solidarios entre sí, más allá de las condiciones existenciales en que cada uno realiza su vida.

Alguno, como Pablo, está *consagrado de por vida* al ministerio de la Palabra; otros desarrollan con mayor o menor intensidad *tareas explícitamente misioneras*, entre los cuales se citan dos matrimonios; muchos otros aportan simplemente *el carisma de la presencia*, el apoyo afectivo, la solidaridad en la dificultad y el sufrimiento.

Todos ellos *comparten el riesgo de la fe* por la causa de Cristo. Entre ellos la procedencia social es muy variada: hombres y mujeres, esclavos y libres... De muchos de ellos Pablo subraya su admiración y agradecimiento, y resalta los lazos familiares que se han creado entre unos y otros, más allá de la carne y de la sangre: “*Saludad a Rufo, ese creyente distinguido, y a su madre que es como si fuera la mía*” (16,13)...

No es sólo la colaboración en la obra, sino *la comunión en las vidas*, la relación fraterna, el afecto declarado, la responsabilidad compartida... y sin precedencias “a priori” de unos sobre otros.

1.2. El ecosistema Iglesia-Comunión, un asunto de relaciones

Ese fue el escenario de la misión eclesial en los comienzos, y éste es el que el Concilio Vaticano II quiso recuperar. Más que un escenario es todo un *ecosistema*, lo cual incluye el entorno, las relaciones entre los seres vivos que lo componen, el modo de alimentación, la interdependencia...

“Se trata de recuperar una “*eclesiología integral*”, como en los primeros siglos, en la que todo estaba unificado por la pertenencia a Cristo y la comunión sobrenatural con Él y con los hermanos, superando una visión sociológica que distingue clases y rangos sociales y que, en el fondo, se basa en el “*poder*” asignado a cada categoría”².

Es el ecosistema “*Comunión*”, que se desarrolla cuando la Iglesia se ve a sí misma como Pueblo de Dios, tal como la ha señalado el Concilio (*Lumen gentium*, 9) e insiste Francisco. Supone un salto gigantesco en la comprensión interna de la Iglesia: de la pirámide al círculo

² Francisco, Id.

horizontal. No es extraño que a muchos miembros de la Iglesia actual, tanto de la jerarquía como del laicado, les haya entrado una especie de vértigo, de sensación de vacío, y quieran a toda costa recuperar el anterior ecosistema, el de la pirámide.

“Todavía queda mucho camino por recorrer para que la Iglesia viva como un cuerpo, como verdadero Pueblo, unido por la única fe en Cristo Salvador, animado por el mismo Espíritu santificador y orientado a la misma misión de anunciar el amor misericordioso de Dios Padre”³.

La Iglesia-Comunión ha identificado el corazón de su propia identidad y lo ha definido como “*Misterio de comunión para la misión*” (cf ChL 19 y 32); con ello expresa que su esencia consiste en revelar el plan de Dios de alianza, de comunión con la humanidad y de la humanidad entre sí. De este corazón brota la vida que está desarrollando el nuevo ecosistema. Y desde esa conciencia de ser esencialmente alianza y comunión se establece un tipo de relaciones entre sus miembros, cada uno de los cuales vive en relación a los otros, sin perder su especificidad, la cual es riqueza para todo el conjunto.

1.3. Un suelo común para relacionarnos

Estas relaciones vitales son posibles gracias al *suelo común* que nos sostiene a todos los miembros de este ecosistema, y donde resaltan los siguientes componentes básicos:

- una Iglesia toda ella ministerial, cuya misión es compartida por todos;
- el principio vital al que todos hemos de referirnos son los Sacramentos de la Iniciación como fuente y fundamento común de toda vida cristiana;
- la dignidad es la misma para todos, pues viene sólo del Bautismo;
- todos están llamados igualmente a la santidad; la llamada a la radicalidad evangélica se presenta como característica bautismal que se puede vivir en una diversidad de vocaciones cristianas.
- todos tienen el común derecho, que es también deber, a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Las nuevas relaciones en la Iglesia-Comunión se establecen a partir de lo que une, no de lo que separa. Esto no ocurría así en anteriores “ecosistemas eclesiales”, que preferían realzar las diferencias entre los miembros de la Iglesia y, en consecuencia, forzaban la separación, las distancias, los privilegios y las grandezas de unos respecto de los otros. Al recuperar la conciencia del suelo común, éste es como un gran tesoro que nos iguala a todos en lo fundamental, en la común dignidad y en los comunes deberes y derechos.

“El acento se pone en la unidad y no en la separación, en la distinción. El laico, más que como “no clérigo” o “no religioso”, se considera como bautizado, como miembro del Pueblo santo de Dios, que es el sacramento que abre todas las puertas. En el Nuevo Testamento no aparece la palabra “laico”; más bien se habla de “creyentes”, de “discípulos”, de “hermanos”, de los “santos”; términos aplicados a todos, fieles laicos y ministros ordenados, el Pueblo de Dios en camino”⁴.

Aquí los consagrados ya no están *separados* de los demás cristianos -y menos *sobre ellos-*, sino *junto a y en función de* los demás cristianos. No tienen tareas exclusivas; lo propio

³ Francisco, Id.

⁴ Francisco, Id.

suyo es ser *signo* que invite a avanzar en la referencia a Dios y su Reino, en la comunión y en las notas más comprometidas de la misión.

Y respecto a los laicos se calca el acento en el derecho y la responsabilidad que tienen en cuanto a la evangelización. Justamente porque ellos habían sido los excluidos, reducidos a ser los receptores de la acción evangelizadora de los demás miembros de la Iglesia.

1.4. Un cambio de paradigma para la vida religiosa: del "fuga mundi" a situarse "en el corazón del pueblo" (EG 273)

El paradigma que ha servido de referencia a la vida religiosa en los tiempos anteriores al Vaticano II y durante muchos siglos, ha sido el del "fuga mundi", entendiendo por "mundo" no solo el conjunto de la sociedad sino también el de los creyentes laicos que, como tales, eran solo objeto de evangelización, y no compañeros en la misión evangelizadora. Ante ese "mundo" era necesario proteger el "estado de perfección" que definía la vida religiosa; por eso la *clausura* era un elemento de protección que caracterizaba, más o menos estrictamente, a toda comunidad religiosa, no solo a las llamadas "contemplativas".

El suelo común que el ecosistema Iglesia-Comunión ha reivindicado para todos sus miembros establece otro paradigma para la vida consagrada, otro modelo al que ajustar su estilo de vida, siempre desde el carisma propio. Podemos expresarlo con las palabras de Francisco en *Evangelii gaudium: Ser misión en el corazón del pueblo* (EG 273). No sobre el pueblo, sino *dentro* del pueblo, sintiéndonos *parte* de este, siendo misión *con* y también *para* el pueblo.

«La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida (...) Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. *Yo soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (EG 273).

Y ahí, dentro del pueblo, nos reunimos con «esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás» (id). Cada uno ha de llevar esta convicción en su corazón: *Yo soy misión*. Recíprocamente, podrá decir también de corazón a cada uno de los otros con los que comparte la misión, consagrados y laicos: *Tú eres misión*.

“Un Pueblo unido en la misión. La sinodalidad encuentra su origen y su fin último en la misión, nace de la misión y está orientada a la misión”⁵.

En esa reciprocidad se tejen los lazos que concretan y expresan la decisión de “ser con” y “ser para”. Descubrimos lo que somos “juntos”, el tesoro común sobre el que asentamos nuestra identidad cristiana; y lo que somos y significamos “el uno para el otro”, con los dones y diferencias que nos permiten enriquecernos mutuamente para servir mejor a la misión común.

“...Lo que verdaderamente nos distingue como Pueblo de Dios es la fe en Cristo, no el estado de vida considerado en sí mismo. Somos bautizados, cristianos, discípulos de Jesús. Todo el resto es secundario”⁶.

Y así descubrimos lo absurdo de la tentación en que frecuentemente hemos caído, de empezar a definirnos por aquello que nos diferencia. El núcleo de nuestra identidad está en lo que nos aproxima a los demás, en lo humano con el resto de la humanidad, como ha puesto

⁵ Francisco, Id.

⁶ Francisco, Id.

de relieve Francisco en *Fratelli tutti*; en lo cristiano con todos los demás seguidores de Jesús... Y las diferencias vienen por los subrayados que hacemos en aquello que es común, nunca exclusivo, y que convertimos en signo para los demás. A las personas consagradas se les invita a ser especialmente *expertas en comunión y guías de espiritualidad* (cf. VC 46 y 55).

2. “SERÁS PESCADOR DE HOMBRES”

...EL ESPÍRITU NOS LLAMA A SER SUS MEDIADORES EN LA TRANSMISIÓN DEL CARISMA

2.1. Un nuevo modo de ser: “junto a”, “en función de”

Estimulados por el nuevo paradigma que nos aporta la Iglesia-Comunión vamos modelando en nosotros un nuevo modo de ser, de relacionarnos, de situarnos en la humanidad y en la Iglesia al lado de otros hombres y mujeres de buena voluntad y de otros hermanos en la fe. Es la opción de “ser con” y “ser para”, que lleva consigo la actitud de saber estar “junto a” y “en función de”.

En el “*ser con*” está expresada nuestra voluntad de construir el Reino y realizar la misión eclesial en solidaridad con otras personas y especialmente con los demás cristianos. Al lado de los laicos, los religiosos y religiosas estarán sin protagonismos innecesarios, pero conscientes al mismo tiempo de lo específico que tienen para contribuir a la misión. *Junto a* los laicos se han de caracterizar por un modo de relación fraterno, como el que corresponde a quienes tienen la misma dignidad y participan del mismo patrimonio común cristiano.

En ese nivel de horizontalidad y fraternidad vivimos el “*ser para*”, donde encontramos nuestra razón de ser. Lo que caracteriza a los religiosos y religiosas como específico de su vida consagrada lo asumen como un don para compartir en la mesa común: el cultivo de la búsqueda de Dios, la predisposición para hacerse las preguntas fundamentales que buscan el sentido de la vida, la experiencia de comunidad, la disponibilidad para la misión. Y a quienes entran en sintonía con su carisma les ofrecen profundizar en él, conscientes de que no son sus dueños sino quienes primero se han beneficiado de él.

Y así se descubren *mediadores* del Espíritu en la transmisión del carisma que ha dado sentido a sus vidas, en nuestro caso el carisma misionero claretiano.

2.2. Liberando dones, potencialidades, vida...

¿Cómo realizar esa mediación que el Espíritu nos pide? Con los dones que Él mismo nos ha dado. Están en nuestra despensa. Simplemente se trata de caer en la cuenta de que son dones para compartir. Así que... ¡extendamos la mesa!

Desde la vida consagrada hacemos accesible cuanto hemos recibido gracias al carisma fundacional. Y desde el momento en que está sobre la mesa pasa a ser patrimonio de la Familia carismática. No son regalos que hacemos desde arriba. Los compartimos al tiempo que invitamos a los demás comensales a compartir sus propios dones y enriquecernos mutuamente. Así se repite el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Así comienza a crecer la Familia carismática.

Y esta es la clave esencial de esta nueva etapa: el “para” en el interior del “con”. La imagen es la mesa, a la que todos nos sentamos en el mismo nivel. Y el entorno es la comunidad, la que construimos los que vivimos a diario en ella y los que se van identificando

con ella y su proyecto; en ella acogemos a quienes invitamos y a los que vienen a compartir sus dones, en ella nos preparamos para servir juntos a la misión, y a ella volvemos con el eco, las inquietudes y la problemática de la misión.

Veamos, pues, qué tenemos en nuestra despensa. Es una pregunta que hemos de mantener siempre activa, porque no se puede dar lo que no se tiene. Los dones a los que vamos a referirnos no vienen “enlatados”; han de ser cultivados para que puedan crecer, fructificar y ser compartidos.

a) La experiencia de la comunión

La experiencia de la comunión ha definido la vida consagrada desde el principio, tratando de emular lo que fue un signo distintivo de la comunidad cristiana de los orígenes, según se narra en Hechos de los Apóstoles: “Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2,44). Este ideal de fraternidad, que pertenece a toda la Iglesia, es el que ha orientado el nacimiento de los diversos Institutos religiosos, sirviendo así de *memoria viva* para todos los cristianos. Hoy es también el ideal de la Familia carismática.

No se trata solo de una forma de vida para poder dedicarse a una tarea apostólica. Es algo que tiene valor en sí mismo, como signo de la alianza que Jesús expresó con su “mandamiento nuevo”. Nos consagramos para crecer en fraternidad, para experimentar a fondo el amor de Dios haciéndonos sus mediadores, primeramente con nuestros hermanos y hermanas de comunidad, para llevar luego ese don crecido en nosotros para los más desfavorecidos.

La experiencia de construir una fraternidad en la que nos descubrimos unos a otros como hermanos y hermanas es el mejor signo que podemos dar a quienes se encuentran con nosotros; el primero desde luego, y también el que hace creíbles los restantes. Es el pan con que acompañamos los demás alimentos.

La experiencia de la fraternidad incluye y requiere la *vulnerabilidad*, la disposición de dejarse herir por los problemas, las heridas y la debilidad de los otros. Sin ella no habrá relación profunda entre unos y otros. ¡Cuidado con las estructuras, defensas y barreras que nos protegen de los roces de los que no pertenecen a la institución! Nos hacen *inmunes*. Necesitamos reconocer e identificar esas barreras para superarlas y poder salir al encuentro de los diferentes; así podremos construir una nueva fraternidad. Claro que entonces perdemos la inmunidad, cada cual se hace vulnerable a los otros. De eso se trata.

Tenemos un reto del que hay que ser conscientes y hemos de afrontar con creatividad: **necesitamos reinventar la comunión en el carisma**. Porque nuestra comunión se ha formalizado dentro de los esquemas del paradigma “*fuga mundi*”, y tenemos que rediseñarla “*en el corazón del pueblo*”. Y lo hemos de hacer en consonancia con el carisma propio.

b) La sensibilidad hacia la periferia

El papa Francisco recurre frecuentemente a este término, *las periferias*, para expresar el desafío permanente que se le plantea a la vida consagrada para no quedarse replegada en sí misma, para encontrar la justificación de su propia existencia. Pero lo utiliza también para proponerlo a la Iglesia en su conjunto, porque *la opción por los pobres* es de toda ella. “Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos” (EG 198). La periferia es fuente de luz y de sentido.

Refundarnos en el carisma supone recuperar la sensibilidad que nos empuja a la periferia. Este don carismático, que queda a veces adormecido en nuestro interior, lo despertamos y revitalizamos al ponerlo sobre la mesa de la comunidad abierta para compartirlo con los laicos. No consistirá solo en hacer actividades juntos, sino en abrirse juntos a las situaciones de necesidad para dejarse interrogar y herir por ellas.

Lo dice mejor Francisco: “Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino” (EG 46). Los signos que debemos dar son los que conducen a entender la vida como *tiempo de encuentro* (Fratelli tutti 66).

Preguntas para responder por parte de quienes ya están viviendo el carisma: ¿Cómo contagiamos esa sensibilidad que nos viene del carisma? ¿Cómo podemos aportarla como don precioso a aquellos con quienes compartimos la misión y el carisma? ¿Cómo facilitamos a los laicos el descubrimiento de los marginados y los acompañamos en el compromiso con ellos? ¿Cómo hacemos de la comunidad un lugar de envío para todos aquellos que se pongan en contacto con nosotros? Y estas mismas preguntas se repiten luego para cuantos han llegado a la mesa, religiosas y laicos, a compartir el carisma.

c) La espiritualidad que sabe re-leer la historia y hacer caminos de humanidad

Juan Pablo II nos recordaba en *Vita consecrata*: “Cualquiera que sea la actividad o el ministerio que ejerzan, las personas consagradas recordarán por tanto su deber de ser ante todo *guías expertas de vida espiritual*, y cultivarán en esta perspectiva el talento más precioso: el espíritu” (VC 55). Y nos apremiaba: “Que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica” (VC 93).

Sin embargo, esta experiencia de vida espiritual se ha reducido no pocas veces al cultivo de una devoción, que es lo que luego se transmitía a los laicos. Tenemos también aquí el reto de rescatar de nuestro tesoro carismático ese talento más precioso: el espíritu, que está más allá de las devociones. Se manifiesta en la capacidad de mirar más allá de lo inmediato, la capacidad de “re-leer” la realidad para encontrar lo que no es evidente para todos.

Re-leer, es decir, leer la historia, los acontecimientos, la creación, la propia vida, con una clave de lectura que nos permite ir más allá de lo aparente, de lo que se dice “a primera vista”, para reconocer la presencia de Dios y la acción del Espíritu en las criaturas, en las culturas, en los acontecimientos. Es lo genuinamente característico de la espiritualidad “religiosa”, pero es también la gran lección que nos proporciona la Palabra de Dios escrita en la Biblia, y lo es para todos los creyentes.

Es una espiritualidad anti-ritualista, que rechaza el reducirse a las fórmulas y devociones piadosas. Y es también un dinamismo que se lleva en la mirada, que nos ayuda a reconocer en cada una de las personas a las que servimos, su dignidad de hijo de Dios; y es esta la que queremos promover al atender a sus necesidades más inmediatas.

¿Cómo cultivamos esta espiritualidad y convertimos la comunidad en escuela de espiritualidad evangélica?

d) El don del carisma

El carisma fundacional se comparte al tiempo que se entrega *la experiencia de la comunión*, se contagia la *sensibilidad hacia las periferias* y se comunica *la espiritualidad que relea la historia* y nos descubre *mediadores* del amor de Dios.

El carisma no está ni en una habilidad ni en lo que se hace, sino en lo que impulsa a hacerlo. Es *fuerza motivadora* para el individuo y para el grupo que sintoniza con él, y *fuerza profética* por los valores de humanidad que despierta en las instituciones y en la sociedad.

Cada carisma fundacional se convierte hoy en *punto de encuentro* con otros muchos creyentes que sintonizan en ese carisma, y por lo mismo será lugar de enriquecimiento mutuo. El papa Francisco afirma de los carismas fundacionales: *“No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador”* (EG 130).

La comunidad consagrada que acepta su responsabilidad de ser mediadora del Espíritu hace posible que el carisma siga vivo. Por su mediación aparece la Familia carismática, en el contexto de la Iglesia-Comunión. Y así, lo que en otro tiempo les hizo a los religiosos y religiosas sentirse aparte, diferentes de los demás cristianos, hoy les proporciona la perspectiva para verse como una manera de ser cristianos, incluso coincidentes con muchos laicos que llegan a vivir ese mismo carisma, y al mismo tiempo como su manera peculiar de ser consagrados.

Pero también, simultáneamente, los miembros del Instituto han de asumir que los laicos no vienen a compartir el carisma “del Instituto”, como tampoco vienen a compartir la misión “del Instituto”. Vienen a compartir con religiosos y religiosas un carisma que es de la Iglesia y una misión que es la misión de la Iglesia, la única misión eclesial desarrollada en multitud de facetas. Y al compartir el carisma fundacional se va formando *la Familia carismática*. El Carisma que nos posee, en nuestro caso, el carisma fundacional claretiano, heredado de San Antonio M^a Claret y la Venerable M^a Antonia París, nos integra también en la misma Familia para que dentro de ella compartamos en la comunión nuestros carismas particulares y sirvamos juntos a la misión que la Familia tiene encomendada.

2.3. “Traed algo de lo que habéis pescado” (Jn 21,10)

Con estos dones sobre la mesa, la comunidad se convierte en lugar de encuentro, de comunicación y difusión, de intercambio de dones entre religiosas/os y laicos. Tenemos que encontrar las estrategias adecuadas para compartirlos. Esas estrategias se concretan en los múltiples lazos que es capaz de desarrollar el dinamismo comunitario, a través de los sencillos encuentros informales y las variadas celebraciones de los acontecimientos diarios, los momentos de reflexión y formación ocasionales o programados, los tiempos de oración, la participación en la misión...

El encargo de Jesús, *“Serás pescador de hombres”*, se prolonga en este otro: *“Traed algo de lo que habéis pescado”* (Jn 21,10). ¿Cómo hacer de nuestra comunidad una buena mediadora de nuestro carisma para que este pueda comunicarse a jóvenes y adultos?

Los siguientes criterios pueden ayudarnos a desarrollar estrategias de encuentro y comunicación:

1. *Formarnos para poder relacionarnos.* Tenemos que saber en qué Iglesia estamos, y qué Iglesia queremos construir. Religiosos y religiosas necesitan revisar su paradigma de vida religiosa. La gran mayoría no han sido formados para ese que nos convoca “en medio del pueblo”, sino el del “fuga mundi”. Por lo que respecta a los laicos, tampoco han sido estimulados a ser protagonistas de la misión eclesial. ¿En qué eclesiología nos movemos? Y el ecosistema eclesial en el que nos situamos, ¿es el de comunión?
2. *Relacionarnos para poder formarnos.* No hay que esperar a estar “bien formados” para impulsar la relación religiosos-laicos. Porque es esta relación la que realmente modificará nuestros esquemas mentales y afectivos. Comenzada la relación, hay que promover la formación *juntos*, en lo posible, religiosos/as y laicos.
3. *La opción de “ser con” y “ser para”* ha de estar como orientación en toda nuestra estrategia de relación entre religiosas y laicos. Nuestra actitud ha de ser la de estar “al lado de”, “junto a”, compartiendo en el mismo nivel, evitando cualquier actitud clerical o paternal/maternal. Y al mismo tiempo, vivir nuestras posibilidades como dones para servir, para impulsar el protagonismo de los laicos.
4. *Utilicemos nuestros dones*, los que, en el apartado anterior, hemos expuesto sobre la mesa y otros dones más específicos de nuestro carisma fundacional. Tenemos que sacarlos de la reclusión, de la “clausura”, y que cada uno de ellos se convierta en reclamo, en puerta de entrada, en signo que convoque a otros creyentes y tal vez a otros no creyentes que están en búsqueda y con los que podemos hacer camino juntos.
5. *Seamos creativos.* Ya no podemos limitarnos a repetir los esquemas antiguos, ni tener miedo a equivocarnos. Hay que estar dispuestos a inventar nuevos caminos, dar nuevas respuestas, y unirnos en ellas laicos y religiosas/os.

3. PARA SERVIR JUNTOS A LA MISIÓN ECLESIAL

3.1. ¡Dichosos los llamados a participar en un carisma que hace familia!

El cristiano laico no necesita la referencia de un carisma fundacional para “vivir la misión” y “ser misión” en la Iglesia. Se puede “ser misión” al margen de cualquiera de los llamados “carismas fundacionales”. O simplemente, se puede vivir la misión a partir de los propios dones o carismas, los que el Espíritu Santo concede a cada fiel.

Pero también podemos afirmar:

*¡Dichosos los que se sienten convocados
a participar en un carisma que hace familia,
porque experimentarán el gozo de una misión
multiplicada desde la comunión,
y el gozo de la comunión vivida para la misión!*

El carisma fundacional, cuando se apodera de una persona, afecta a toda su vida, a su modo de relación con Dios y con su Reino, a su identidad en la Iglesia, a sus opciones de vida y su modo de integrarse en la sociedad. *El carisma se hace vocación*, y la persona responde a esta vocación con un proyecto que engloba toda la existencia. La Familia carismática ofrece la posibilidad de agrupar y estructurar los proyectos personales en las correspondientes comunidades eclesiales, de vida religiosa, de comunidades laicales, y establece entre ellas una relación de comunión.

El carisma fundacional se ha vivido en la vida religiosa en un proyecto existencial típico de la vida religiosa: en las formas comunitarias, en los votos religiosos, en la espiritualidad propia de la vida religiosa... El carisma se habrá de verter ahora en los “recipientes laicales”, y se han de desarrollar también estructuras de comunión y formas de encuentro entre unos y otros, siempre con el punto de mira final puesto en la misión.

Es una auténtica re-fundación del carisma en este ecosistema Iglesia-Comunión, tan diferente de aquel en que lo recibieron nuestros fundadores. En esta refundación tienen que implicarse los que vienen de atrás y los que comienzan ahora.

3.2. La nueva casa común: Casa y Escuela de comunión

En el camino va tomando forma la nueva casa común. Porque así entiendo la Familia carismática: como un lugar de convivencia, de comunión, de apoyo mutuo, de soñar juntos un mundo mejor y convertir ese sueño en proyectos comunes, un lugar para celebrar juntos la presencia de Jesús y presentarse juntos como sus testigos. Es *casa* y también *escuela de comunión*, asumiendo el reto que Juan Pablo II presentaba a la Iglesia para el nuevo milenio (*Novo millenio ineunte*, 43).

Es una casa nueva, todavía en construcción. Los tabiques se van haciendo y rehaciendo a medida que avanza la relación entre sus habitantes, comparten la misión, aprenden a discernir juntos, hacen proyectos comunes. Se van definiendo las salas comunes y las que son propias de unos o de otros. La pertenencia de los laicos y los posibles grados de pertenencia se establecen con respecto a la Familia, no al Instituto. Del mismo modo el Instituto, cada Instituto, va definiendo su integración en la Familia, al lado de los laicos que comparten el mismo carisma fundacional, lo que exige al Instituto que modifique sus propias estructuras de animación y gobierno (Capítulos, Consejos...) en la medida en que lo requieren las nuevas estructuras que agrupan a laicos y personas consagradas en el discernimiento del carisma o en la corresponsabilidad de la misión.

La Familia carismática es una criatura nueva, nacida en un nuevo contexto eclesial, *el ecosistema Iglesia-Comunión* que antes hemos descrito. Lleva consigo un cambio profundo en la manera de comprender las relaciones entre religiosos y laicos. No se constituye “en torno” a un Instituto religioso, ni para arropar o acompañar a ese Instituto o para colaborar con los religiosos/as en lo que estos determinen y como ellos o ellas digan. Su eje central no es el Instituto sino *el carisma fundacional*, vivido desde diferentes formas de vida cristiana. Y su finalidad es servir a la misión que señala el carisma, de modo corresponsable, con capacidad creativa para inventar nuevas obras y no simplemente para prolongar las que tenía el Instituto.

En adelante, la fidelidad creativa, necesaria para mantener y continuar el carisma en la Iglesia, ya no dependerá sólo del Instituto que hasta ahora lo representaba, sino de los diversos grupos que componen la Familia carismática y de cuantos vengán a asociarse en ella.

4. CONSTRUYENDO LA FAMILIA CARISMÁTICA CON ESTILO SINODAL

4.1. Caminar juntos a la luz del Espíritu

La nueva casa común, la Familia carismática Claretiana: ese es nuestro futuro. Lo estamos construyendo en el presente. ¿Qué hemos de hacer en el presente para que el futuro pueda existir? Comencemos por una respuesta “de cajón”: hay que hacer camino que

conduzca al futuro. La respuesta no está en acciones aisladas y tampoco en acciones individuales, sino en *procesos* que permiten hacer camino, paso a paso y juntos.

Es el dinamismo sinodal que desea Francisco para toda la Iglesia y que empieza por este encabezamiento: *“Caminar juntos”*, y hacerlo *“a la luz del Espíritu”*. Llémoslo como criterio a cada línea de acción: en el encuentro de las personas, en la vida comunitaria, en la creación y acompañamiento de grupos, en el desarrollo de itinerarios formativos, en la preparación de formadores laicos, en la creación de nuevas estructuras de animación que permitan una auténtica corresponsabilidad de los laicos junto a las personas consagradas.

Las decisiones más eficaces son aquellas que ponen en marcha procesos de cambio en las personas y en las instituciones. Y los cambios culminan en actitudes, comportamientos y nuevos modos de vivir la comunión para la misión.

Es el camino sinodal; y es *un modo de ser* que la Iglesia redescubre como sustancial de su identidad cristiana. Así impulsamos *la comunión, la participación y la corresponsabilidad en la misión*, como propone Francisco. El orden no es indiferente: no se puede llegar a vivir la corresponsabilidad cuando no se ha tenido ocasión de participar en la vida de la comunidad y en la implicación en la misión, y ambas necesitan apoyarse en la experiencia de la comunión que se obtiene en la interrelación de las personas.

...A la luz del Espíritu: El dinamismo sinodal hace hincapié en el protagonista que lo impulsa y le da sentido: el Espíritu Santo. No se trata de una simple devoción, sino de una actitud de discernimiento para buscar la luz del Espíritu. Y no es para una ocasión o un rato de oración, sino para un modo de vivir, en *actitud vocacional*. La vitalidad del carisma en una Familia carismática dependerá de que la actitud vocacional se mantenga viva en cuantos vienen a integrarse en la Familia.

Lo que se exhibe en el dintel de entrada de una Familia carismática que aspire a que su carisma se mantenga vivo es una actitud profética, no una dócil colaboración. La invitación a hacerse responsable del don o carisma que se le confía es inseparable de la acogida fraterna que ha de encontrar quien desea formar parte de la Familia. Esa responsabilidad es inherente a la vocación con que uno se siente pertenecer a un carisma.

Es una disposición de escucha hacia el Protagonista en la misión de la Iglesia y, por tanto, de la Familia carismática, el Espíritu Santo. La conciencia de ser poseído por el carisma fundacional ha de suscitar la inquietud de ser fiel, no a unas estructuras heredadas, sino al dinamismo que el carisma promueve incesantemente entre quienes lo viven. La acción del Espíritu despierta y reaviva nuestra sensibilidad ante determinadas situaciones, carencias, necesidades... Nos abre los ojos ante esas personas o circunstancias donde se manifiesta la urgencia del amor de Dios, y nos ayuda a descubrir en nosotros todos aquellos dones mediante los cuales podemos dar una respuesta positiva.

Son estas motivaciones las que han de estar presentes en la comunicación de un carisma, no los incentivos de la organización institucional o las necesidades de la gestión empresarial de las obras que dirige el Instituto religioso. No se trata de dar continuidad a las obras, por buenas y provechosas que sean, sino de suscitar personas *vocacionadas*, poseídas por el carisma, capaces de ser levadura y memoria del mismo en las obras que ya existen, y con atrevimiento creador para generar nuevas respuestas que replantean esas obras o inventan otras al margen de las existentes.

La persona que comienza a seguir un carisma o lleva tiempo siguiéndolo, ha de poder verse a sí misma de un modo nuevo, en una vocación que se recrea porque urge a la persona a preguntar al Espíritu por sus caminos, y estos nunca son rutinarios, están desafiando siempre su libertad y creatividad.

Sobre este camino desarrollaremos los procesos que proponemos a continuación.

4.2. Tres procesos simultáneos

El camino que hace posible la Familia carismática está impulsado por tres corrientes dinámicas, tres procesos que se trenzan entre sí, pues no son sucesivos sino simultáneos y se apoyan mutuamente: *proceso de comunión, proceso de identificación con el carisma y proceso de compromiso con la misión*. En cada uno de ellos hay que *invertir* para obtener el fruto deseado.

1. En el primero invertimos en *relación* (“crear lazos”) y se obtiene *pertenencia*.
2. En el segundo invertimos en *acompañamiento y formación* y se obtiene *identidad*.
3. En el tercero invertimos en *animación compartida de la misión* y se obtiene *corresponsabilidad*.

Veamos cada uno de ellos por separado.

a) El primero es el proceso de comunión

Consiste, básicamente, en un trabajo artesanal de creación de lazos; así se va tejiendo la Familia carismática y se pone la base afectiva de la identidad colectiva por la que cada uno se siente parte del sujeto “Nosotros”.

Se trata de establecer lazos que crean relación, lazos que facilitan el acercamiento de las personas, el mutuo conocimiento, la comunicación de la experiencia y la celebración de la fe.

Se comienzan a tejer en el momento de la acogida, y continúan todo el tiempo, en el acompañamiento y en la formación, estimulando el sentimiento de mutua pertenencia y solidaridad entre las personas que van formando la Familia carismática.

De esta forma la Provincia de la Familia carismática supera la Provincia religiosa, se amplía con los grupos y comunidades de laicos y con las comunidades que integran a laicos/as y personas consagradas.

b) El segundo es el proceso de identificación con el carisma

Requiere acompañamiento personal y formación. No es equivalente a “aprendizaje” de conocimientos que tienen que ver con la historia de la institución o de los fundadores o con características de la espiritualidad. Todo esto es bueno en su momento y en su medida, pero no es lo que determina el proceso de formación en el carisma.

Es la *adquisición de una identidad*, lo cual exige la transformación de la persona, que comienza justo en el punto y momento existencial en que ella se encuentra.

Es un itinerario en el que deben entrelazarse estos tres hilos:

- el desarrollo de *experiencias vitales* en las que se condensa o manifiesta el carisma, y que normalmente se localizan en la vida de los fundadores y en la historia fundacional que ha dado origen a la identidad colectiva de esta Familia;
- *el proyecto* que realiza la respuesta a la misión, y donde identificamos las claves para que podamos actualizarlo en nuestra época e Iglesia;
- y *la espiritualidad* que da sentido al proyecto, nos permite valorar la misión como obra de Dios, y a nosotros como mediadores e instrumentos de Dios en su obra de salvación.

A medio plazo, el plan de formación debe incluir la *preparación de formadores/as laicos* que puedan participar con las formadoras religiosas en el acompañamiento de quienes se incorporan al proceso.

c) El tercero es el proceso de animación compartida de la misión

Va de la mano de los dos anteriores y depende fuertemente de ellos. Promueve la *corresponsabilidad*. Es un aprendizaje en el cual las personas, animadas e identificadas con el carisma fundacional, descubren su protagonismo en la misión y lo asumen creativamente. Así llegan a plantear su compromiso en la comunión y en la misión.

Este “compromiso” se refiere, sobre todo, a la dimensión que marca la vida en profundidad, aunque se puede vivir en mayor o menor intensidad. No es la dedicación de un tiempo o un esfuerzo particular. Es una opción de vida, un planteamiento vocacional que asume los objetivos del carisma respecto de la misión, así como los valores que promueve. Se hace desde la situación humana específica en que se encuentra la persona (y esto incluye las limitaciones de salud, el proyecto de pareja o de célibe, las múltiples obligaciones familiares, etc.) y no a pesar de ella.

Este proceso personal debe ir acompañado, a nivel institucional, con el desarrollo de estructuras de discernimiento, de acompañamiento, animación y decisión en que laicos y religiosas se unan en igualdad de condiciones. No se trata de aplicar las estructuras de animación y gobierno propias del Instituto, a la animación y gobierno de la Familia carismática.

PARA EL DIÁLOGO Y REFLEXIÓN EN GRUPO

1. Todo el camino sinodal se apoya en un modo de entender la Iglesia como Pueblo de Dios, las relaciones entre sus miembros “a partir de lo que une, no de lo que separa”, y el modelo de vida consagrada “en el corazón del pueblo”, la decisión de “ser con los demás y para los demás”... ¿Es esta “eclesiología integral” la que está determinando nuestras relaciones entre religiosas y laicos? (Repasar todo el apartado 1º). ¿Qué luces y sombras encontramos? ¿Qué necesitamos corregir?
2. Veamos la despensa que tenemos para compartir. En el apartado 2 se sugieren algunos retos y diversas cuestiones que nos pueden ayudar a ir completando la mesa.
3. Una *casa nueva*, todavía en construcción...: ¿Cuál es el momento que vivimos en lo que se refiere a esa construcción de la Familia carismática? ¿Qué pasos hemos dado? ¿Qué estamos echando en falta? ¿Qué dificultades sentimos para poder avanzar? ¿Y con qué fortalezas contamos para hacer camino?
4. Y a partir de las respuestas dadas a las preguntas anteriores, ¿qué *desafíos* reconocemos como los más urgentes para poder impulsar el proyecto de esta casa en construcción?
5. ¿Disponemos de un plan de formación en nuestra identidad carismática, en diversos itinerarios, en el que participemos religiosas y laicos, que conduzca a la integración en la Familia carismática? ¿Con qué elementos contamos ya en ese plan, y qué nos falta? ¿Disponemos ya de un grupo de formadores, compuesto por religiosas y laicos, para llevar adelante ese plan? ¿O qué necesitamos para formar o impulsar este grupo?
6. - *Para responder solo por los laicos*: Desde nuestra perspectiva, ¿qué nos falta, qué necesitamos para sentirnos miembros plenamente integrados en esta Familia carismática, en corresponsabilidad plena con las religiosas, y desde nuestra identidad de laicos? ¿Qué podemos aportar a esta Familia y a su misión, en cuanto laicos? ¿Y qué esperamos de las religiosas como ayuda para avanzar en este camino?

- *Para responder solo por las religiosas*: Desde nuestra perspectiva, ¿qué está dificultando, y qué favoreciendo por parte nuestra, la construcción de nuestra Familia carismática con la plena integración de los laicos? ¿Cuál ha de ser nuestra aportación más específica como religiosas? ¿Qué tenemos que cambiar en nosotras, en nuestra institución, para que sea posible la corresponsabilidad de laicos y religiosas en la misión y en la animación de la Familia?
7. En el apartado 4 se proponen tres “inversiones” (invertir para obtener...): en relación (*crear lazos*), en acompañamiento y formación, en animación compartida de la misión. En cada una de esas tres *inversiones*, ¿qué retos tenemos planteados, qué planes necesitamos desarrollar, qué esfuerzos hemos de hacer religiosas y laicos?